

Editorial

Tierras calientes: escenarios mágicos y culturales por descubrir

¿“Educación rural” o “educaciones rurales”?

Hacia una política educativa para las ruralidades de Bogotá.

Trochas, senderos y laberintos de la educación rural en Colombia

La historia como maestra y el maestro como historiador

TROCHAS, SENDEROS Y LABERINTOS DE LA EDUCACIÓN RURAL EN Colombia

Aurora Chacón Hernández

Licenciada en preescolar, licenciada en Español y literatura, especialista en Lúdica y pedagogía, Magister en Educación Inclusiva e intercultural.

ragonzalezra@unal.edu.co

Resumen

El maestro rural, al caminar por senderos, trochas y caminos de los territorios en los que se encuentran las escuelas, se fortalece para ejercer su invaluable profesión en los rincones más recónditos de Colombia, donde se conjuga la teoría y la práctica, y se materializa el don de servicio, se fortalece la vocación y se hacen cosas inimaginables que contribuyen a la educación de niños, jóvenes y adultos. Allí la escuela rural es permeada por la diversidad cultural, la situación económica, la situación social y otros factores que influyen decisivamente en la educación. El maestro rural como agente de cambio y líder social representa la institucionalidad en diversas regiones del país donde no hay asignación presupuestal y es nula la presencia del gobierno.

El recorrer trochas, caminos, senderos, rutas, por el campo de Colombia es una de las pasiones que inspira a ser maestro; el aroma de los árboles, el cantar de las aves y el arrullo de la tibia o congelada brisa recargan de energía el saber de la pedagogía. Es tal vez por eso que me arriesgo a plasmar esta experiencia que alimenta el espíritu de maestra, e implica un recorrido de aprendizaje por el camino de la vida porque:

Deprisa como el viento
Han pasando
Los días y los años de maestra.

De una maestra campesina que se deleita con la ambrosía del territorio rural, no solamente en la Colombia de la que comúnmente hablamos, sino en ese territorio que geográficamente pertenece al país del Sagrado Corazón, uno de los países más ricos en recursos naturales y biodiversidad, y que posee una inmensa llanura y una

enmarañada jungla por cuyos recónditos caminos y trochas transita otra Colombia. Si: un territorio que espacialmente está en Colombia, pero cuya administración parece estar perdida en la inmensidad, en el papel.

Allá en un puntico de esa inmensa llanura donde

El sol se pone rojo
Y el alma quiere crecer
Cuando el alcaraván canta
Llega el atardecer

Finalizando la década de los 80 cuando la economía legal e ilegal se confundían tanto que llegaron a ser una sola, tuve la fortuna de ser maestra en una escuelita con nombre de héroe venezolano, en un caserío cuyo nombre hace alusión a las palmas de moriche, seje y cumare que crecen bajo el inclemente sol de oriente: Palmarito. Así

Palabras Clave: Maestra, ruralidad, territorio, diversidad.

bautizaron a aquel caserío fantasma escondido en la selva de la Orinoquia colombiana.

Con aliguito más de dos décadas de edad, llegó una maestra con misión y convicción nacida en las heladas montañas del municipio de Fúquene, que había recorrido empolvados y polvorientos caminos para aprender las letras y formarse como docente en la Normal Departamental Mixta de Ubaté. Allá en Palmarito, la maestra puso a prueba su saber pedagógico y didáctico, y especialmente la fortaleza y riqueza espirituales que le inculcaron sus padres campesinos en el altiplano Cundiboyacense. Después de interminables días de viaje recorriendo trochas, pasando puentes improvisados y superando recateos del ejército de uno y otro bando, llegó la maestra en un bus de la empresa La Macarena, el 507, llevando en su equipaje la fe, la incertidumbre, y la osadía; y con su espíritu henchido de confianza en Dios y en sí misma, y el firme propósito de ser la mejor maestra. Cuando el bus de color naranja se detuvo en el caserío formado por 12 casas, todos sus habitantes esperaban ansiosos a la nueva profe que durante su peculiar viaje tuvo como consejero al conductor del vehículo en el que viajaba, quien hacía el mismo recorrido, cada martes, desde Villavicencio hasta Santa Rita (Vichada). Entre sorprendida y desconcertada descendí del bus oyendo la algarabía, presenciando el regocijo de los habitantes que se congregaron para recibir a una joven maestra rural que en marzo de 1989

empezó un nuevo capítulo de su vida atiborrado de historias y experiencias, de pasos dados sobre la candente llanura. Los anfitriones se desbordaron en atenciones: sancocho de gallina, hayacas y limonada fue el menú de bienvenida; mientras un grupo de líderes construían una improvisada vivienda con tablas y techo de moriche que complementaron con una rustica cama en la que dormí durante tres años.

La noticia de la llegada de la maestra se propagó como un incendio en reguero de pólvora y, en menos de dos semanas, me acompañaban en la escuela Juan José Rondón casi medio centenar de niños, niñas y jóvenes de entre 5 y 20 años de edad, de diversas étnias (blancos, catiritos — así se le dicen a los hijos de nativo y blanco—, nativos guahibos), raspachines, y una que otra mujer con la profesión más antigua del mundo que asistiría a la escuela de día y en la penumbra de la noche ejercería su oficio

Acomodé mi aula de clase junto a mi dormitorio, en un cobertizo que servía de salón comunal y de comedor, y que, con las bancas de acomodación múltiple y un pizarrón hecho con tablas de "peinemono" (madera suave y liviana) donde escribíamos con tizones del fogón y luego con tiza, servía de aula de clase.

De los cincuenta estudiantes, aproximadamente veinte vivían en el caserío, otros procedían de la comunidad nativa de los guahibos, y otros tantos venían de conucos, chagras y fincas que estaban a entre tres y veinte horas de camino del aula de clase.





Ante esta situación, acordamos con la comunidad una estrategia que me recordó la manera como, en algunas ocasiones, se da la formación en la secundaria: un internado que albergara a niños, niñas y jóvenes que deseaban aprender.

El diseño de la estructura del internado estuvo a cargo de ingenieros formados por la vida, no por la universidad; tan eficientes, que en una semana el internado –con una división para mujeres y otra para hombres – estaba construido.

Allí estaban plasmados los sueños de quienes confiaron en la escuela como institución, y en la ética y la responsabilidad de la novata maestra recién llegada del interior del país, a quien no le dieron lecciones de diversidad e inclusión en la formación de maestros, asuntos que suenan novedosos en el siglo XXI, pero que han sido parte de la realidad de la escuela durante décadas.

A las 4:30 am, estudiantes y maestra, con la tenue luz de una linterna, de dotación obligatoria, emprendíamos camino al riachuelo para refrescarnos allí con su agua cristalina, cuyo fluir calmo era perturbado cada tanto por cuatronarices, fuetiadoras y otras especies de serpientes que me atemorizaban, pero que los niños, tran-

quilos, tomaban poniéndolas en torno a su cuello como si fueran collares, en torno a sus muñecas y antebrazos como si fueran manillas.

La expectativa de los estudiantes era tan grande como la mía; me desvelé pensando que podía hacer en una comunidad tan diversa; recordé consejos, experiencias y lecciones, pero nada se ajustaba a la realidad que enfrentaba, tan diversa como mis pensamientos. Con ayuda de los estudiantes, en el añejo inventario que hacía más de dos años no se usaba, encontré unas guías raídas por las hormigas que me sirvieron para orientar las primeras clases; porque de mi formación como maestra me quedaron debiendo el enseñarme como serlo en territorios apartados como este, es decir, en la “otra Colombia”: así denominé a esa extensión de jungla, rica en fauna y flora, en que un puñado de humanos tenían una amiga, una cómplice, y un refugio.

Los estudiantes, la comunidad y yo, todos dispuestos a participar en la construcción del internado, nos dividimos las tareas y nos fijamos un horario para adecuar, limpiar e inventariar el menaje y el material existente. Un albañil construyó una batería de baños y terminó unas aulas cuya construcción, iniciada hace más de dos años, se había interrumpido; hizo también un

tanque recolector para recoger aguas lluvias, una cocina y un cuarto para almacenar la remesa que enviaría luego la Secretaria de Educación – tras la insistencia de la maestra y la comunidad vía radioteléfono—: carne de monte (danta, cachicamo, lapa, venado y güio), parte esencial del menú escolar; y alimentos no perecederos.

Al abastecer la alacena ocurrió algo que me pareció muy grave, pero que, por el contrario, era muy usual para los curtidos llaneros: una cuatronarice clavó sus filosos dientes en el pie de Roque (un habitante de la zona). Acto seguido otro nativo conocedor del tema cogió al reptil, le quitó la hiel con la que Israel (un curandero de la región) preparó un brebaje y realizó un rito secreto, todo tan rápido como el ataque del reptil. A la media hora apareció Roque en el comedor como si nada.

A pesar de la enorme distancia que me separaba de la tierrita, las eventualidades cotidianas me impulsaban a regresar a ella. Al mismo tiempo, me sentía emocionada con lo que aprendía, y lo que vivía me inspiraba para planear el año

en nuestra escuela diversa. Para ello invite a los niños. Atiné a escribir en unas hojas, con letra mayúscula, un aviso que puse en la puerta de la escuela y que decía: “BIENVENIDOS A LA ESCUELA NIÑOS, NIÑAS Y JOVENES QUE DESEEN INICIAR O CONTINUAR SUS ESTUDIOS Y ESTEN DISPUESTOS A ENSEÑARLE A LA MAESTRA”.

La planeación fue sencilla; agrupar estudiantes (todos en un mismo salón), no por grados sino por saberes, de acuerdo a un diagnóstico elemental que realicé sin tener en cuenta la edad. Los más avanzados en lectura y escritura ayudaron a los menos diestros y usamos las guías de la Escuela Nueva. Décadas después leí la teoría sobre el trabajo colaborativo, y vi la relación entre esa teoría y la práctica en aquel entonces.

Se acordó que en las reuniones de padres de familia se informaría el estado de avance de los estudiantes, pero sólo se entregaría un boletín al finalizar el año; también se planeó que cada familia aportaría \$2.000 para el pago de la ecónoma Margarita, quien, además de ser ecónoma, cuidada los niños en mí ausencia.

Con el rigor del invierno de la Orinoquia colombiana, el 15 de mayo de 1989, un delegado de la Secretaría de Educación visitó el internado con el fin de atender las peticiones formuladas por la comunidad y de solucionar parte de la problemática de la escuela. Por lo cual, fue ins-

talado un centro de atención provisional. Luego de un corto acto protocolario celebrado para recibir al equipo conformado por una funcionaria de salud que traía vacunas contra la malaria, por el delegado y el pagador de la Secretaría de Educación, lo pedagógico pasó a segundo plano: Aníbal (el pagador) me entregó un fajo de billetes verdes: la nómina de mis dos primeros meses de trabajo (ganaba \$ 23.000 mensuales).

Los cuatro primeros días de visita, la agenda incluyó la capacitación con la metodología flexible “Escuela Nueva”, la entrega de documentos y de recomendaciones sobre como la escuela debía permanecer allí como única representación del Estado en el territorio.

La visita fue, además de un evento académico, uno social: no sólo participaron los estudiantes, sino que sus padres también lo hicieron. En especial recuerdo a Albeiro que se destacó por su liderazgo como presidente del gobierno estudiantil.

El año escolar fue breve: el invierno beneficiaba la producción de los cultivos, de manera que los jóvenes cambiaban las guías por las hojas de coca: dejaban la escuela para trabajar como raspachines para sobrevivir. Así pasaba con los hombres. Las mujeres, en cambio, alternaban la escuela con trabajos que les proporcionaban ingresos estrambóticos.

En mis primeros años como maestra rural, Dios me fortaleció. La vida me dio grandes lecciones. Me hice también muchas preguntas sobre la pedagogía y la academia: la teoría estaba lejos

de la práctica. Con base en mi escasa experiencia ajuste el currículo al contexto diverso en que se encontraba la escuela, haciendo de ella un centro de aprendizaje y de desarrollo comunitario.

El calendario escolar y el currículo situacional hacían necesario un calendario especial que iniciase en febrero y terminase en octubre. Durante los dos recesos anuales los estudiantes y la maestra podían reencontrarse con sus familias. Para mí, reencontrarme con mi familia significaba una travesía de más de una semana desde Palmarito hasta el norte de Cundinamarca. Una vez con ellos, pasaba días y noches contando experiencias agradables y riesgosas.

Los cinco años que trabajé allí me sirvieron para confirmar aquello de que “el humano es un animal de costumbres”: aprendí a vivir con el riesgo, la aventura, el peligro, la incertidumbre y lo desconocido, compañeros inseparables como lo fueron también la pedagogía, la vocación de servicio y el amor por mí profesión, me impulsaron a dedicar los fines de semana a alfabetizar a adultos y jóvenes que aprendieron a leer, y a escribir su nombre y algunas palabras. El día del cierre del año académico no hubo diplomas, pero todos escribieron sus nombres o su apodo, ya que muchos sólo eran conocidos por su alias: “Cigüeñal”, “Llanomío”, “Piquiña” escribieron el apodo por el que se les llamaba.

Y como cupido tiene el don de la omnipresencia, allí también lanzó sus flechas:


Sentada en un estero
Un cálido atardecer

Cuando el sol se pone rojo
Y empieza a desaparecer
Conocí a un llanero
Que me quiso enloquecer
Pero fue un amor fugaz
Pues esto no pudo ser

La clase entre cuatro paredes duraba poco; el calor infernal nos obligaba a improvisar la clase bajo los frondosos mangos. Para complementar el aprendizaje, los fines de semana mis pupilos y yo visitábamos los ranchos cercanos donde comíamos sancocho, jugábamos fútbol, y practicábamos bolo aéreo. En una ocasión, cuando estábamos en un convite junto a un charco cristalino, apareció un güio perdicero que amenazó con descuartizar a Adelaida, la niña más pequeña del internado; don Silvestre, el dueño del conuco, desenfundó su arma y la descargó sobre el reptil, matándolo. Dos horas después el réptil era despojado de su hermosa piel, la que conservo aún como si se tratará de una pieza de museo.

Al segundo año de mi experiencia como maestra rural, llegó un maestro que me acompañó menos de un año, porque recibió amenazas anónimas por, según decían, ser mal ejemplo para los niños por su identidad de género. Tales fueron el maltrato y el acoso que un día anocheció con nosotros, y al amanecer ya no estaba, se había ido.

Al tercer año, después de solicitarlo reiteradamente por radioteléfono, se nombró a otro maestro para la escuela; uno jovial, responsable, buen coequipero, deportista, con quien fortalecimos el trabajo en equipo. Juntos construimos



campos deportivos y, con el apoyo del sacerdote Parmenio que trabajaba en el colegio, organizamos las primeras comuniones y bautizos que se celebraron en el caserío.

El “matrimonio pedagógico” entre mi compañero y yo no duró mucho; mi compañero olvidó cumplir el noveno mandamiento del decálogo de Moisés, y por poco sucede con él lo que vi que sucedía con quienes lo hacían: aparecían tendidos rodeados de aves carroñeras. De ellos decían, con frialdad, “murió de plomonia”. Por fortuna, luego de una fuga de película, camuflado en un camión cargado con madera, mi compañero logró burlar a quienes lo buscaban para ajusticiarlo, y desapareció “hasta el sol de los venados”.

Los niños y niñas que me habían recibido con efusividad cuatro años antes terminaron su primaria; la mayoría se marchó, algunos sin decir adiós. La maestra se quedó triste, y la escuela, medio vacía, comenzó su inevitable derrumbe, que era el mismo derrumbe que vivía la situación del país y de la región: la bonanza cocalera iba en descenso, la comercialización de la “harina” disminuyó notablemente y la economía volvió al trueque: un gramo por una cerveza, cinco gramos por un almuerzo, y diez gramos por una noche (esto último me lo contó una mujer). La crisis golpeó aquel caserío que nació fantasma y cuya decadencia definitiva empezó cuando tres grupos armados, regulares e irregulares, se enfrentaron en el territorio: una pesadilla sin fin, una oscura noche invadió mi escuelita. Después de los gozosos, llegaron los dolorosos

Al tiempo que esto ocurría, en las noches de luna, formalicé una relación con un hombre joven muy apuesto; una relación como los raudales del Orinoco, como el atardecer llanero, como el canto del alcaraván; la maestra de señorita paso a señora y pronto:

El fruto del amor
Que Dios bendijo
Alegran el hogar con su presencia

Y la vida cambió, crie una hija en un salón de clase, en un chinchorro que arrullaba el viento, a donde un día trepó una colorida y delgada coral que gracias a Dios no la atacó.

Esperanza, la maestra rural, arriesgada, luchadora, aventurera, psicóloga, emprendedora, aman-

te de la naturaleza y de la pedagogía que recorrió las trochas, los caminos y los senderos del campo, esa maestra que aprendió la lección, adecuó el currículo que sirvió a la comunidad palmaritense, decidió cerrar un capítulo de su vida y con su hija de nueve meses en brazos, emprendió el camino de regreso, sin más equipaje que la experiencia, la resiliencia y la fe y.....

Sin más armas que el valor,
Y el honor de ser maestra

Parfraseando el poema llanero de Florentino y el Diablo

Con nostalgia, pero con optimismo, recuerdo lo que dice Alejo Carpentier en su obra Los pasos perdidos “como si se pudiera desandar lo andado”.

En otro rincón de Colombia me esperaba otra oportunidad para asumir el compromiso y posibilitar el cumplimiento del planteamiento de la UNESCO frente a la necesidad de que el acceso de todos a la educación sea una aplicación universal, de carácter global, que garantice que todos podamos adquirir una base sólida de conocimientos y desarrollar habilidades de pensamiento creativo, crítico y colaborador. Con sistemas educativos más resilientes, con mayor capacidad de reacción ante los conflictos, las tensiones sociales y los peligros naturales; una educación para vivenciar la equidad, preservar la salud, cuidar el medioambiente, contribuir a la sostenibilidad alimentaria en el planeta y generar diálogo intercultural.